Tomas Ennis, el gran amigo de mis padres

Ricardo Peltier San Pedro

Tomas Ennis, el gran amigo de mis padres

Ricardo Peltier San Pedro

© Xochimilco Editions

Segunda Edición Revisada
Marzo 2025

Santa Bárbara Núm. 17
Colonia Del Valle
Alcaldía Benito Juárez
Ciudad de México
MÉXICO

www.peltiersanpedro.com

Tomás Ennis Grandisson fue otro visitante asiduo a la casa de Santa Bárbara y, con el paso de los años, se convirtió en uno de los mejores amigos de mis padres. No sé con exactitud cómo se conocieron, pero sospecho que fue mi tío Tomás Córdoba Sandoval quien lo llevó a casa por primera vez a finales de la década de 1940. Debo decir que, si alguna vez he conocido a alguien a quien se le pueda aplicar sin equívoco alguno el apelativo de "Lord inglés", es precisamente a él. Ante todo, un caballero, especialmente con las mujeres. Sin importar si eran jóvenes o mayores, poco agraciadas o hermosas, siempre tenía para ellas una atención o un gesto cortés, como cruzar rápidamente un salón repleto de gente para encenderles un cigarrillo o acercarles una silla. Era alto, muy apuesto y extremadamente espléndido.

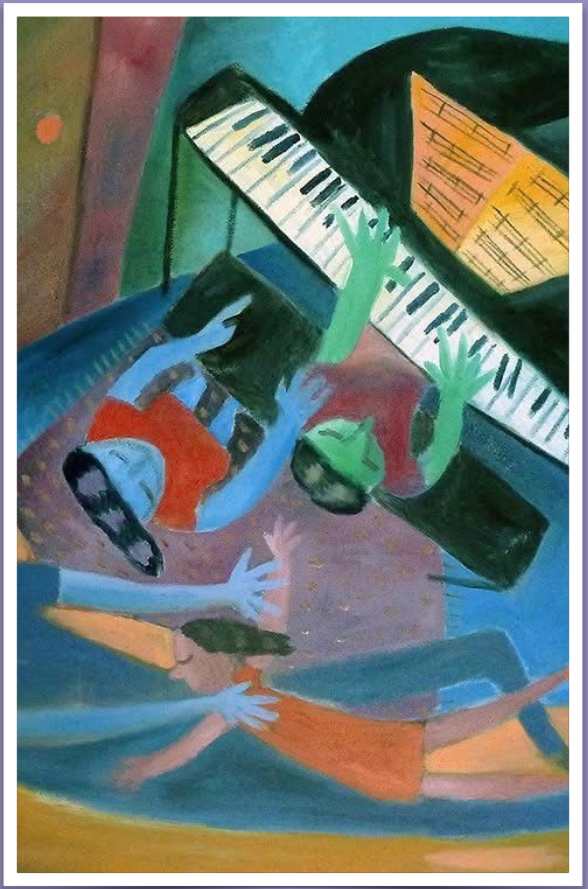
Sus matrimonios, varios y siempre comentados, culminaron en un breve pero fulgurante capítulo con una reina de belleza llegada de alguna tierra cálida de Centroamérica. Su vida era un péndulo oscilante entre la bonanza y la ruina; capaz de amasar fortunas en tratos audaces para luego verlo todo desvanecerse como humo, sin que jamás perdiera su porte elegante. Su santuario era un departamento de ensueño en la vibrante calle de Copenhague, en el corazón de la Zona Rosa, donde un leal valet llamado Leonardo ejercía una suerte de magia doméstica. Leonardo era el artífice silencioso detrás de la impecabilidad de Tomás: trajes perfectamente planchados rescatados de la tintorería, camisas con almidón perfecto, zapatos que reflejaban la luz y, con un don casi sobrenatural, cenas improvisadas para una docena de comensales sedientos de champán. Cuando el éxito le sonreía, su primer impulso era compartir esa alegría con mis padres, irrumpiendo en su hogar como un vendaval de celebración, extendiendo la invitación a todo aquel que se encontrara bajo su techo, sin importar el número.

El Ciro's, aquel templo del ocio nocturno incrustado en el mezzanine del señorial Hotel Reforma, a un suspiro de la glorieta de Colón, era su escenario predilecto para tales festejos. El Ciro's no era solo un cabaret; era un universo en sí mismo. Su barra en forma de L, un espejo infinito de luces y sombras, la alfombra mullida que amortiguaba los secretos susurrados, las paredes que vibraban con la pasión del rojo, la esperanza del verde y la delicadeza del rosa pálido, todo contribuía a su atmósfera única. Y la música... las orquestas que allí resonaban, entre ellas la de mi propio tío Adolfo Girón Landell, tejían melodías que se grababan en el alma. Pero quizás su mayor atractivo residía en el toque de un artista legendario: Diego Rivera, el volcánico esposo de Frida Kahlo. Por encargo de Mr. Alfred C. Blumenthal, el enigmático Blumi, Rivera había plasmado su genio en tres murales que adornaban el comedor: "Vino, mujeres y flores", un festín de cuerpos femeninos que se decía evocaban la imagen de Paulette Goddard, un amor esquivo del maestro; "La dama del sombrero", un enigma de elegancia; y la burbujeante alegría de "Champagne". Además, cuatro óleos completaban la colección, naturalezas muertas que celebraban la tierra mexicana: "Caña de azúcar y vid", "Maguey y maíz", "Girasoles" y "Nardos". Se rumoreaba que Blumi, con su aire misterioso, era un eslabón entre los poderosos cárteles que operaban entre las dos Américas.

El Ciro's era un oasis abierto a todas horas, donde el paladar podía deleitarse con la sofisticación de un plato francés bañado en champán o con la reconfortante sencillez de unos frijoles rancheros. La carta, escrita en un francés que pocos entendían, añadía un toque de misterio culinario. En la cocina, el chef Micky, un antiguo servidor del presidente Miguel Alemán, dirigía una orquesta de sabores, mientras su segundo, un italiano apasionado, encontraba la inspiración en el fondo de una botella de vino francés antes de encender los fogones.

Y luego, está aquel recuerdo imborrable, uno de los días más radiantes de mi infancia. Corría el año 1959, yo era un niño de apenas nueve años con la cabeza llena de sueños. La azotea, con su jaula de tender convertida en el lienzo de mi imaginación, se transformaría en la sede secreta de mi propio club, una réplica infantil de aquellos refugios masculinos que veía en las películas. Pedí a mis padres su complicidad y, crucialmente, los fondos para hacer realidad mi visión. Pero, como suele ocurrir con las peticiones infantiles que desafían la lógica adulta, recibí evasivas y un silencio ensordecedor en lo referente al dinero. Mi táctica, predeciblemente infantil, fue un asedio constante, un bombardeo de súplicas y quejas que resonaban por toda la casa. En medio de esa pequeña guerra doméstica, un día, la sorpresa irrumpió en la calle: un camión materialista, cargado hasta los topes de tablones de madera, vigas robustas, relucientes tejas de aluminio, tornillos y clavos, todo el arsenal necesario para construir mi soñado "Club Santa Bárbara". Ver al chofer y sus ayudantes descargar el preciado cargamento en la cochera me dejó al borde del colapso, una oleada de incredulidad y euforia me paralizó en la banqueta. Al salir de mi estupor, corrí al interior para abrazar a mis "adorados" padres y agradecerles su inesperado regalo, pero sus palabras me detuvieron en seco: "No nos des las gracias a nosotros. Dáselas a Tomás Ennis". Así era el amigo de mis padres, un mago capaz de convertir los sueños infantiles en realidad con un gesto de su generosidad desbordante.

•



Obra de Santiago Cohen

Xochimilco Editions

México - Barcelona - Bogotá - Buenos Aires - Caracas
Madrid - Montevideo - Miami - Santiago de Chile - París
Los Ángeles - Xochimilco - Londres - Milpa Alta